

162/2

1

SAN FRANCISCO JAVIER Y EL ROSARIO DE LA SANTISIMA VIRGEN

*Miguel Letya S.J.*

1.- Desde la torre del castillo secular, contemplo la recanda vega de Javier, circundada de feraces huertas, ondulada de granadas mieses, coronada de verdinegras vides, restoneada de cenicientos olivares. Una vetusta escala de piedra, de once carcomidos tramos, da secular acceso a la poterna férrea del castillo: estos tramos desgastados los pasaron los pies de Javier; esta escala vetusta la traspasó Francisco, todos los días, al caer de la tarde, de la mano de su triste madre, <sup>le</sup> Dña. María, que conducía a la capilla, a los pies del crucifijo venerado, para rezar el santo Rosario. La devoción a la Virgen fué atávica en la familia de Javier. La parroquia de su pueblo natal estaba dedicada a Santa María: a la parroquia añadieron sus piauosos padres una pingüe abadía, con obligación de cantar sus beneficiados semanalmente la misa y la salve sabatina y celebrar asimismo las fiestas de Nuestra Señora: no es raro encontrar en los testamentos de sus antepasados sendas mandas a la Virgen de Roncesvalles, del Sagrario de M. Usúe de Rocanador.

2.- El 24 de Agosto de 1534 comenzaron las vacaciones universitarias de París: Javier, libre de las atenciones de las clases, en vez de disfrutar de los halagos de las playas veraniegas, se retiró por cuarenta días a una cueva solitaria para practicar los Ejercicios, bajo la dirección de San Ignacio. Los ayunos de Javier fueron tan rigurosos, hasta pasar cuarenta días continuados, sin comer: en castigo de sus galanuras deportivas, hendió hondamente sus manos y sus pies con nudosas cuerdas. Allá en la soledad del retiro, entrelazaba las horas de meditación y contemplación con fervorosas coloquios a la